

RECUERDOS

Esteban Puig Tarrats

Vice Gran Canciller de la
Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo

RECUERDOS

Monseñor Ignacio María de Orbegozo

**I Obispo de la Prelatura de Yauyos - Cañete - Huarochirí
(1957 - 1968)**

DATOS DEL AUTOR:

El P. Esteban Puig Tarrats, estuvo en la Prelatura de Yauyos con Mons. Ignacio María de Orbegozo y Goicoechea desde el año 1959 hasta 1968. A partir de 1970 hasta 1996 fue profesor en la Universidad de Piura, tiempo en el que visitó con frecuencia a Mons. Ignacio en Chiclayo. Desde 1998 es Vice Gran Canciller de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo. Es Licenciado en Educación. Periodista profesional y Master en Historia.

RECUERDOS

Monseñor Ignacio María de Orbeozo

I Obispo de la Prelatura de Yauyos Cañete - Huarochirí (1957
1968)

Entre mis múltiples recuerdos, más que memorias, de los hechos y palabras de Monseñor Ignacio María de Orbeozo y Goicoechea, deseo destacar tres aspectos que fueron para mí luces claras en mi vida sacerdotal, puntualizadas en un cariño afectuosísimo y cordialísimo que tenía con los sacerdotes que le acompañamos en las labores pastorales de la Prelatura de Yauyos.

Tres son los aspectos que Don Ignacio, como le llamábamos familiarmente, revelaba en su vida y en sus hechos con profunda y admirable firmeza y convicción: un cariñoso afecto filial al Fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá; el conocimiento clarísimo de la trascendencia de la Obra y, en consecuencia, el amor a la Iglesia Santa, finalmente, la dedicación y el cariñosísimo afecto y atención que sentía por los sacerdotes de la Prelatura de Yauyos, Cañete y Huarochirí.

El primer rasgo sobresaliente, que poseía, era el amor fuerte, el cariño estupendo, el afecto y el respeto filial admirable de total confianza y disponibilidad, hacia la persona del Padre -como le llaman desde un principito los miembros de la Obra- San Josemaría Escrivá de Balaguer. Definitivamente no es fácil, en Don Ignacio, describir la gama extensísima que suponía de su parte la entrega, obediencia y, sobre todo, cariño hondo con el Padre, Fundador del Opus Dei. Su cariño filial era tan patente que su oración, sus pensamientos, sus deseos y sus anhelos giraban de continuo entorno al Padre. No era obsesión, ni manía, ni mucho menos sensiblería: él lo llevaba grabado profundamente en el corazón y se había convertido como en una segunda naturaleza.

Junto a este rasgo, hay que enlazar el amor y la gratitud que sentía por la Obra, por su continuo servicio a la Iglesia Santa. Muchas veces, camino de regreso a nuestra casa de Yauyos, se extendía en mil y un detalles sobre nuestro Padre y la Obra. La Obra de Dios, nos decía, por ejemplo, exige, por parte nuestra, una fidelidad y responsabilidad a toda prueba y el Padre era el

instrumento elegido, un instrumento que Dios preparó maravillosamente. Ante la situación de la humanidad y de la Iglesia (siempre delectaba con intensidad esta palabra), el Opus Dei, era el medio del que se serviría Dios para poner a Jesús en la cumbre de todas las actividades nobles humanas: ¡El Reino de Dios!, “¡Queremos que Cristo reine!” y que los hombres y mujeres de todos los tiempos lleven -con su vida santa y su apostolado- a todas las almas acogidas en una red de amor, a los pies de Cristo Rey.

En el tercer punto de estos recuerdos, evoco, con gratitud, la profunda estima que sentía hacia sus “curicas” como nos llamaba familiarmente. En sus cartas se refleja este cariño bueno y esa ternura además de su dedicación, y su habilidad en compenetrarse con cada uno de nosotros, con un conocimiento profundo de nuestras “niedades” humanas que conocía a las mil maravillas.

Deseo expresar, también, aquí, mi profunda admiración y afecto por mis hermanos, los sacerdotes que trabajaron en la Prelatura con Monseñor Ignacio. El afecto que nos tenía era hondo y, como manifiesta en las cartas, le nacía del cariño que le tenía a él San Josemaría. Fue un hombre de gran corazón. A continuación transcribiré algunas de las cartas que nos mandaba desde Roma con motivo del Concilio Vaticano II al que participaba y con alguna de las que enviaba a su hermana, cuando hablan de nosotros. Tuve el privilegio de vivir en la Casa Prelaticia de Yauyos, lo que me permitió empaparme bien de los sucesos y palabras de Don Ignacio.

Me sorprendió gratamente, desde un principio, ver cómo trabajaba no sólo en los quehaceres pastorales y administrativos de la Prelatura, sino también en los menesteres más a mano. Le vi, por vía de ejemplo, cortar la hierba del pequeño jardín de la casa donde vivíamos, reparar el motor de la luz, construir muebles y jaulas para los conejos, dar de comer y cepillar a los caballos, arreglar desperfectos en el techo o resanar y pintar desconchados. Es así que Monseñor siempre estaba haciendo algo para el bien de todos.

Esta sencillez y naturalidad (triviales, pensaba yo entonces con mentalidad un tanto clerical) rompieron mis esquemas mentales desfasados. Ver a mi Señor Obispo enfrascado arduamente en construir un mueble u otras cosas, me chocaba. Entendí, de

inmediato, que cualquier trabajo, por insignificante que parezca, si se hace con amor, no es pequeño ni grande. Por lo tanto había que buscar la perfección humana y sobrenatural del trabajo, como enseñaba San Josemaría. En fin, sería interminable contar los mil y un detalles que ponía en mejorar las cosas y hacer la vida de familia más agradable para los demás.

Además, aprendí mucho y me enteré de innumerables cosas de los inicios de la Prelatura gracias a la amabilidad y atención de Mons. Enrique Pélach, hoy Obispo Emérito de Abancay y de Mons. Frutos Berzal que fue Canciller y párroco de Yauyos, quienes vivían con Don Ignacio desde los inicios de la Prelatura.

Leer las cartas de Don Ignacio que nos enviaba desde el Concilio, es asomarse, agradablemente, en su mundo interior, en su corazón y en sus afectos pero sobretodo en sus pensamientos. Son un tesoro de doctrina, de afecto, simpatía y amistad, además de ternura y de alegría, sobre todo por el cariño que derrochaban en transferirnos el espíritu que había aprendido, ¡y de qué manera!, del Fundador del Opus Dei. Son cartas íntimas, familiares, muy de casa, al igual que un padre que, añorando el hogar, escribe a sus hijos, comunicándoles su afecto y recuerdo. Además, cada carta, es un dechado de literatura epistolar, por el estilo coloquial, muy íntimo, impregnado de modismos y muy castizos empapadas siempre de divertidas alusiones personales y, en todas, raudales de cariño para con sus sacerdotes. El mismo lo confiesa: lejos de nuestro lado, su amor se dilata y su afecto y el recuerdo de sus “curicas” que están allá, al otro lado del “charco”, le enternecen.

Aquí, transcribo un párrafo de la carta que escribió a su hermana desde Yauyos con fecha del 7 de noviembre de 1960, que puede servir de encabezamiento a todo lo que he visto y experimentado de su persona, sus quereres y sus trabajos.

El día de mi santo recibí una felicitación del Padre desde Londres. ¡Se me cae la baba cada vez que recibo una de tales letricas tuyas y pienso ya en el babero porque ocurre esto con inmerecida frecuencia! El Padre: muchas veces pienso que somos tan melones que, quizás, no acabamos de darnos cuenta del todo, del regalo que Dios

con él nos hace. Una de mis mayores felicidades aquí es saber que son muchas las ocasiones de ofrecer cosillas, chicas sí pero muchas, y ver la alegría con que mis curicas lo hacen. Estoy seguro que desean incluso las molestias menos chicas, esas fuera de serie que alguna vez deben ocurrir: una tormenta de esas que no se pueden siquiera describir y que ponen los pelos de punta, el descuido de esas pobres gentes que se olvidan de poner al caballo en el lugar indicado o en el día previsto y los obliga a hacer muchas horas a pie por las alturas donde el corazón no late si no brinca. Una caída, horas sin poder tomar agua con un sol de justicia, unas comidas que ponen el estómago a punto del colapso... ien fin, muchas cosillas que ofrecer y con que repetir a diario al Padre que lo queremos, que agradecemos el tenerlo, que somos conscientes de lo que le hemos costado y le costamos a diario, que quisiéramos ser capaces de cargar un poquillo de su cruz para hacérsela un poco más ligera y leve! Esto del rezar y encomendar mucho, con fe y sin desalentarse es cosa formidable, no hay duda... ¿No son una cosa fantástica los hogares de nuestros supernumerarios? Los quiero con toda el alma, cada día me parece más una auténtica filigrana hecha por Dios para su Opus Dei, como un mimo y un tinte de gloria especial con que ha querido regalarnos. ¡Y que semillero de vocaciones, Dios santo! Se ve a la Señora del Amor Hermoso en un ir y venir constante de nuestras casas a las de ellos, llevando y trayendo lo mejor que cada uno tenemos y poniendo Ella lo que falta con su maternal cariño. [...] Falta ahora que seamos cada día más fieles, más buenos, que es sencillamente ser más agradecidos. Sé que rezas por mí como yo lo hago por ti y que Jesús nos alcanzará tanto tiempo como necesitamos para alcanzarlo.

La primera carta que recibimos los sacerdotes desde Roma es del 27 de noviembre de 1963:

Queridísimo Samuel y todos: ¡En Roma! Con esto ya casi estuvimos enseguida con el Padre. Lo primero

que me preguntó fue por sus “curicas”, cómo estaban, si Enrique estaba ya bien del todo, si os cuidabáis, si estabáis contentos... En fin, que cuando estoy junto al Padre me entran escrúpulos de si no os querré lo bastante; porque en él se ve esa entraña de padre y de madre y, como él suele decir, de abuela que siempre me desconcierta. Yauyos tiene en el corazón del Padre un sitio de privilegio. ¡Seríamos bien mentecatos si no nos esforzáramos por corresponder en la justa medida! Pero lo haremos con la gracia de Dios; tengo la seguridad de que en estos próximos años vamos a dar a nuestro Padre muchas y muy grandes alegrías.

Y, como siempre, el recuerdo de sus sacerdotes, eso es infaltable. Ahora un dato curioso: acaba de llegar y ya su recuerdo vuela a Yauyos con deseos de que llegue diciembre para estar entre los suyos:

Me parece que hace un año que he salido de Cañete. ¿Cómo marcha todo? ¿Regresó ya Enrique de Colombia? ¿Cómo van los pintores de la Catedral y cómo las obras del Preseminario? En cuanto me escribáis contadme muchas cosas y de todos los curicas y de todas las cosas. ¡No podría, ni con la imaginación, soñar en ser más feliz y en pasarlo mejor y sin embargo, ladrones, os extraño continuamente!

A partir de estas fechas se suceden un ir y venir de cartas de Roma a Yauyos y de Yauyos a Roma donde se mezclan el afecto con el recuerdo vivo de los sacerdotes que le cuentan las aventurillas ocurridas por los caminos y pueblos de la Prelatura; cómo marcha la labor con los acólitos, los futuros alumnos del Preseminario: cómo avanzan las obras en la Catedral y en las Parroquias; cómo va la labor con maestros y el concurso de Catecismo y las Misiones Populares... No obstante, si alguna preferencia sentía por alguna labor en concreto era por el Preseminario. Este abriría sus puertas a 41 niños, -enviados por los párrocos de la Prelatura- el día 14 de abril de 1964 con el P. Agapito de Director.

¡El tiempo vuela! He recibido vuestras cartas del 23 tuya y de Esteban- y no podéis imaginaros qué alegría. Me he emocionado, aunque os parezca mentira. [...]

Di a Esteban que he leído su cartica “misionera” y que es para dar muchas gracias a Dios por todo; que todo me ha dado mucha alegría y especialmente, ese detallico de los muchachos de cuarto y quinto donde ya se notan esos cinco años de brega. Ese es el regalo grande que Dios nos tiene reservado para pronto: porque dentro de quince años conste que no son nada- ya no serán los muchachos de cuarto y quinto sino éstos y los jóvenes de quince a veinte y los matrimonios de veinticinco... Junto con las primeras vocaciones de nuestros curicas! Un mar sin orillas. Además, esto me lo dice el Padre cada rato, con inmensa ilusión como quien ya lo ve presente. Y yo tengo ya una vieja experiencia de cómo son las realidades en que se convierten estas ilusiones esperanzadas de nuestro Padre! Así le he oído hablar de los supernumerarios que vendrían -y hoy ya llenan el mundo-, de los sacerdotes diocesanos... Y de tantas maravillas! Todo esto mirarlo con calma delante del Señor y de su Santísima Madre y veréis muy clarísimamente el “*omnia in bonum*” que termina necesariamente en un VALE LA PENA, que sale del corazón a empujones.

Luego otra misiva importante es la que envía a los formadores del Preseminario del 20 de noviembre de 1965, un año después de haberse inaugurado el Preseminario con 60 alumnos:

Queridísimos Agapito y Esteban: Me da la gana -como pago a la alegría tan grande de vuestras cartas y las de esos peques- que no me resisto a poneros una línea aparte, para vosotros. Y eso que, ya al final de esta temporadilla de Concilio, estos días voy de cráneo. Pero, no se notará demasiado este ratico, al contrario: Me inspirará para ir más deprisa y mejor y deciros lo muchísimo que os quiero. ¡Conste que en nada me lo paso mejor, ni más feliz, ni más dichosos que mientras os escribo! Iba a decir que ni cuando estoy junto al Padre; y

es casi verdad porque, precisamente cuando estoy a su lado y hablamos -mejor, me habla- de vosotros, de la ilusión con que os mira y os quiere y os encomienda; la alegría especialísima que le dá ésta, llamémosle "experiencia", labor particular: El hecho de una jurisdicción eclesiástica, como otra cualquiera, con un Preladillo y unos curicas diocesanos -y tan diocesanos que no pueden ser más- que se quieren, que se tratan con una confianza y una delicadeza -!"emocionante", como suele llamarla él!- que trabajan así de unidos, que se quieren entrañablemente, con la ilusión divina de ser todos para todos, les un milagro!. Un precioso milagro con que el Señor, -una más entre las cien mil maneras- consagra, bendice y confirma el espíritu de su Obra. ¡Y el Padre dice que siente una ternura y una debilidad particular por nosotros, por esta experiencia, que no es sino confirmación del "mar sin orillas" que se nos entrega! Que urge que queramos entrañablemente la vocación -es el homenaje que damos a Dios por el don inestimable recibido- y nuestra unidad bendita (filiación, fraternidad...) y que queramos con toda el alma al Santo Padre -a todos y a este en particular- y a la Iglesia Santa de Jesucristo y al sacerdocio...¡Siendo "anticlericales" -en el sentido del clericalismo trasnochado, que es falta de amor al verdadero sacerdocio y un desastre- y con alma y temple y manera secular! Tantas cosas bonitas que guardo para conversarlas con vosotros, cuando vaya. ¡Y conste además que a vosotros -con esa tarea en las manos- os mira más derechamente en esos deseos y en la oración, del Padre! [...]

¡Os quiero con particular cariño!. Y ahora comprendo muy bien eso que el Padre suele decir, cuando constantemente a uno o a otro dice: *"A todos os quiero cuanto se puede querer -no es posible más- y a cada uno os quiero, en particular, de un modo especial y más que a los demás"*. ¡A cada uno más que a los demás!. Bonito, ¿no?

Como tenía una memoria prodigiosa, le resultaba fácil grabar lo que escuchaba del Padre y transmitírnoslo fielmente. Muchas de las palabras de San Josemaría poseen matices tan conmovedores

que dan tema para la reflexión pausada y la meditación serena. La carta siguiente es del 12 de noviembre de 1963, desde Roma:

Todas vuestras cartas al Padre ya se las dí: hueco de contento con las gracias y el cariño de sus hijos de Yauyos. Goza, especialmente, con las noticias acerca del Preseminario, los acólitos y los críos que serán nuestros alumnos. Y, también, y mucho, con lo de la radio. ¡Moveros con toda el alma en estas dos, iciertísimas!, intenciones del Padre. Desde aquí, el Padre, Don Álvaro y todos, me han ayudado lo indecible [...]

El Padre me decía, uno de tantos ratos que estoy a su lado, que “él -ante el Señor, en la oración- se sentía inmensamente fuerte, lleno de derechos, aún con conciencia de ser un pobre pecador (se enfada siempre porque yo no resisto el sonreír cuando dice esto) porque se presenta siempre ante el Dios fuerte y justiciero con la misma fórmula de siempre: “Señor, yo soy un pobre hombre, pero ¿y tu Obra? ¿Y estos hijos míos maravillosos?... Sé que el Señor no puede dejar de escucharme. ¡Me escucha! ¡Qué infinita experiencia la que tengo sobre el particular!” Y añadía:

“Hijo mío, hay un dicho italiano que yo considero instantemente y me ayuda tanto a ser bueno y fiel: “Il sangüe de soldato fa grande al capitano” !Hemos de querer entrañablemente, por encima de los defectivos tan humanos de todos, a estos hermanos nuestros más chicos, aquellos que por voluntad de Dios se nos han encomendado; su lucha diaria, su oración, su obediencia, su generosidad, su alegría su espíritu de sacrificio es nuestra grandeza, nuestro mérito y el derecho -más que esperanza- a nuestra futura gloria! ¡Cuánto os quiero, cuánto os deseo, qué hambres siento de seros útil! Si me queréis de verdad, cuando estéis por estos cuatro rincones del mundo, sabed siempre ser la prenda de este cariño mío por mis hijos: ¡Tratádmelos con amor, con comprensión, saber disculparlo todo, -corrigiendo, por amor, cuando es

necesario- dad la vida por ellos, poco a poco, cada día según el heroico espíritu del Opus Dei, en este continuo servir, ser todo de todos, ser el Buen Pastor: Saber cargar, dulcemente, gozosamente, con la oveja más chica o la que se lastimó”

¿Os dais cuenta cuánto material para mi examen, para mi contrición, para mis buenos propósitos?. A mí bien me gustaría saber ser todo esto. Encomendadme para que aprenda tan buenas lecciones, para que de los buenos propósitos y deseos arranquen algún día en obras de verdad, de estas que el Padre quiere y vive a diario con todo el ímpetu de una santa vida, generosamente gastada en servir a la obra y en vivir sólo para nosotros.

Además, nos remarcaba lo peligroso que surgirían si alguno, por comodón, flaqueaba en su camino. La carta es del 23 de septiembre de 1965:

Que estoy en Roma es cosa clara; que junto al Padre, bastante; que lo tenemos a diario, en la tertulia de mediodía y noche... ¡de verdad envidiable! Vaya si lo es. Tanto que, durante mi oración y durante todo el día, siempre ando con la mente perdida en el recuerdo de las tertulias que ya pasaron y en la ilusión de la próxima. Y eso que nada de lo que cuenta y dice, deja de ser compromiso: Porque nos habla de amor a la Obra, de santidad personal, de necesidad de ser fieles, generosos, sacrificados. De no querer tener más nuestro que la obsesión de amar a Dios y a la Iglesia y a las almas y... ¡En derechura, las de nuestros hermanos!

En su carta del día 26 de octubre de 1964, nos manifiesta más “monedas de oro”:

... cada día con el Padre, oyéndole mil cosas formidables, y un sin fin de anécdotas y cosas llenas de buena chispa, porque entre otras dos mil ciento trece cualidades, nuestro Padre tiene esta de ser sumamente gracioso y divertido. ¡Cosas de Dios, que cuando se pone a dar, no sabe parar! [...] ¡A mí ya se me está acabando la baba!

El Padre escribió varias cartas breves e incisivas pero sobretodo paternas, llenas de cariño y evocaciones a sus hijos de Yauyos. Esta que sigue se recibió el 5 de octubre de 1964, en la que nos dice:

Queridísimos: Que Jesús me guarde a esos hijos de Yauyos.

No sabéis cuánta alegría me dan vuestras cartas: Estos días, con Ignacio, os murmuramos muchos, recordándoos y encomendando vuestra labor con especial cariño. No dejéis vosotros de rezar por mí, para que sepa ser bueno, fiel y alegre. La mejor bendición de vuestro Padre.

Mariano.

Don Ignacio, en la misma, añadía:

Encomendad mucho al Padre, su intención grande y sus otras intenciones concretas. ¡No lo querréis jamás como él os quiere! Ni rezaréis tanto ni también; ni lo tendréis tan cerca como él os tiene; no gozaríais tanto vosotros en verlo -y sé cuánto gozaríais- como él de veros y daros un abrazo. Por lo tanto, esforzaros, encomendadle, ofrecer muchas pequeñas cosas -también los hígados- y escribidle con frecuencia y volcándoos en cariño. ¡Vuestras cartas le descansan y le hacen feliz! ¿No vale la pena? Y es bien sencilla la cosa, me parece.

II

Esta parte tiene para mí, siempre que la recuerdo, un sabor especial, un sabor **agridulce** porque de una parte, sus cartas desbordaban tanto cariño que te confundía y, de otra, porque nos reanimaba tanto que la herida de su ausencia no acaba, felizmente, de cerrarse. Las cartas que Mons. nos envía son exponentes vivos del amor que nos tenía ia cada uno! Nunca aireó públicamente lo que sentía por sus sacerdotes ni manifestó externamente los elogios. A su hermana sí se los contaba y con acentos conmovedores. En la carta del 12 de noviembre de 1963, nos pone de manifiesto su sentir:

Estamos esperando como agua de mayo los nuevos curicas que nos envíen. ¡Le pido a Dios que sean muchos y

tan buenos como los que tengo! Que regalo de maravilla, estar junto a ellos, ver como quieren al Padre, con qué alegría trabajan, qué fe tienen, qué sacrificados son. ¡Cuántos remordimientos me paso de verlos tan buenos! Pero Dios me pide que sea humilde [...] que tiene la Obra tanta santidad que, si no nos empeñamos en poner obstáculos, sólo el estar en ella, terminará haciéndonos santos. ¡Fieles, lo único que de verdad importa! Esto da una paz especial, por encima de nuestras miserias, y en esta temporada de nuestra tarea en Yauyos yo quiero ahondar más y más en esta idea. ¡Que estos montes son muy altos, estos caminos estrechos y se ve el cielo tan cerca que casi es tentación!

Lo había aprendido muy bien de San Josemaría cuando le hablaba del conjunto de cualidades con que se amasa el verdadero cariño:

“¡Si me queréis de verdad, cuando estéis por estos cuatro rincones del mundo, sabed siempre ser la prenda de este cariño mío por mis hijos: ¡tratádmelos con amor, con comprensión, saber disculparlo todo, -corrigiendo, por amor, cuando es necesario- dad la vida por ellos, poco a poco, cada día según el heroico espíritu del Opus Dei, en este continuo servir, ser todo de todos, ser el Buen Pastor: Saber cargar, dulcemente, gozosamente, con la oveja más chica o la que se lastimó”.

¿Cabe una descripción más impresionante de lo que es el cariño bueno?

La Prelatura de Yauyos confió, en el año de 1957 por designio la Santa Sede, a Don Ignacio, nombrándolo Prelado de ésta. Estuvo acompañado por un grupo de sacerdotes seculares de diversas Diócesis españolas. En el año de 1962, la Santa Sede agregó a la Prelatura de Yauyos la Provincia de Cañete. La descripción más directa y palpitante del territorio, de las tres provincias y de su gente, se halla en las cartas de Don Ignacio. Y siempre, el recuerdo y la cita, además de las palabras y la oración por el Padre y por la Obra:

Aquí sí que la Pascua es florida: todo el monte (bueno, casi todo) se pone verde, se llena de florecillas y

así dura dos o tres meses hasta que el sol vuelve a abrasarlo todo. Ahora Yaayos es casi como Suiza de puro bonito. [...]

En este instante tengo, además, la casa llena de niños: se nos ocurrió un día pedir ayuda a dos o tres (niños y niñas) para limpiar un poco la casa y desde entonces (seguimos sin servicio) cada día se nos presenta este pequeño batallón infantil a “ayudar”. ¡Y no lo hacen mal! Y, sobre todo, se divierten en grande; nunca han visto una casa “y tan maravillosa y linda” como la nuestra y ellos están como quien tiene un juguete maravilloso. Esto de dar a un grifo y que salga agua, o encender un motor y llenar de luz la casa y la vajilla y los muebles todo les parece un “cuento de hadas”. Y yo también me divierto porque mientras trabajo me hacen mil preguntas y me brindan la oportunidad de hacer un estupendo catecismo. ¡Todos salimos ganando! Si al final hay unos dulces o alguna cosilla, la fiesta es completa y pronto será la Casa del Prelado la mejor catequesis de la Sierra. Los niños (al revés que los grandes) son despiertísimos, alegres, cariñosos; son muy graciosos y son resucísimos, pero también en esto van mejorando: aunque no sea más que por curiosidad o por imitación sencilla, ya he visto a alguno lavarse los pies, las manos y hasta a peinarse con un trocico viejo de peine que Dios sabe de dónde lo han sacado. ¡Y cuando se lavan gritan de pura emoción! [...]

Seguía comentando a su hermana las mil y una peripecias por las que pasaba:

¡Casi la vida entera nos la pasamos a caballo con nuestros pertrechos de trabajo! Nuestros viajes son una aventura indescriptible y los preparativos toda una jornada intensísima: tenemos que llevar auestas todas las cosas del culto para la Santa Misa, Bautismos, Confirmaciones, Extremaunciones, etc. Además los pertrechos de dormir, unos sacos estupendos que “ablandan el suelo y dificultan casi hasta el extremo el ataque de los variadísimos insectos de la zona”; así

preparados, cualquier sitio es bueno, especialmente después de una cabalgada de ocho o diez horas, con un sol fantástico, a veces, y otras con unas nevadas imponentes, lluvias, granizos, rayos y lo que quieras. ¡Por tener de todo, más de una vez nos ha tocado un terremoto (en Lima también los hay y bravos pero en la Sierra tienen el aliciente de gran emoción que les da el que suenan que parece que se viene el mundo abajo) o unas lluvias de piedras que obligan a encontrar rápidamente un refugio bajo una roca fuertota, pues caen por las laderas, de pronto, toneladas de piedras del tamaño desde un huevo hasta una sandía y más grandes. Es especialmente peligroso por los caballos que se espantan y como el camino casi nunca tiene más de un metro (muchas veces menos y la mitad) sería casi seguro una bajada en voltereta al precipicio, de no andar muy ligero y, sobre todo, tener un oído “casi indio” para sentir cuando viene una avalancha de piedras. ¡El instinto de conservación en una cosa muy seria que casi no conocemos hasta que llega el momento grave de tener que utilizarlo! [...] Pues esa foto es ni más ni menos que la despedida de unos de los pueblecicos de mis Sierras, después de unos días con ellos; las flores que llevo en la mano son un ramillete de las más variadas y reunidas una a una (las viejitas regalan una cada una, las jóvenes no, debido a que son bien delicadas “las indias” en estas cosas, y, a veces, con la flor me arreaban un gordo beso en la mejilla); el de sombrero negro es el Alcalde y el otro el Gobernador ... ¿Qué te parece? Y un caballo de primera y siete horas de caballo por delante, mas sólo que la una por esos vericuetos, pero feliz de comprobar que buenas son estas gentes y que rebueno es Dios con nosotros.

Se llena de contento cuando va palpando ya los frutos de la labor. La carta es del 17 de diciembre de 1958, ocho meses después de sus primeras andanzas.

En las parroquias antiguas y en las nuevas los progresos son grandísimos; con decirte que en todas ellas ya hay “acólitos” con sus sotánicas rojas y sus roquetes blancos, bien majos ellos y orgullosísimos los papás. Y,

además, “cantores”, niños y niñas que cantan la Misa y muchas canciones a la Virgen Santísima y a la Eucaristía. Son muchos cientos de niños que ya han hecho su Primera Comunión y se han confirmado. ¡Cada día se ve más claro el “vale la pena” del Padre! [...]

... Casi desde que vine hasta ahora no he dejado mi caballo ni he bajado de la Sierra; entre la Visita Pastoral a los pueblos lejanos, atender y preparar alojamiento para los seis nuevos curicas que me llegaron, visitarlos con frecuencia (necesario al principio sobre todo), etc., ni hubiera podido escribir ni hubiera servido el hacerlo pues hubiera tenido meses las cartas en el bolsillo... ¡En el mejor de los casos, que a veces un trozo de papel es más de desear que un vaso de agua con azucarillo! Después, en las escasísimas y muy breves bajadas, gestiones, compromisos y gaitas de mil especies.

Los cinco primeros sacerdotes que llegaron por vez primera a Yauyos, Don Ignacio los distribuyó por las dos provincias, viviendo, al menos dos, en las parroquias de más densidad de fieles. En Yauyos: Mons. Enrique Pélach, actual Obispo Emérito de Abancay, que fungió de Vicario General; Mons. Frutos Berzal se encargó de la Casa del Prelado y párroco de la ciudad de Yauyos con todos sus Distritos y Caseríos. En la Provincia de Huarochirí estaban, de Vicario General el P. Alfonso Galiana viviendo en Ricardo Palma (Chosica); el P. Jesús Mari en Huarochirí y párroco de Matucana, el P. José Pedro.

Al año siguiente llegaron más sacerdotes (en las cartas irán apareciendo los nombres de los sacerdotes, su lugar de origen y sus destinos eclesiásticos) que reforzaron la labor en las dos provincias. Cuando la Santa Sede confió la Provincia de Cañete, eran más de veinte los sacerdotes procedentes de diversas Diócesis de España: gallegos, catalanes, segovianos, palentinos, aragoneses, vascos, logroñeses, burgaleses... una coloración variopinta y festejada.

La Prelatura tenía de todo. Desde la placidez de la costa hasta alturas de 5,000 metros y más; desde el clima caluroso de la costa pasando por el templado y benigno de los valles hasta el frío

intensísimo de la Puna. Tales caprichos de la naturaleza los soportó y pasó por ellos Don Ignacio y sus sacerdotes con tesón y buen humor. Tuvo que aguantar lluvias, tempestades, “huaycos” y muchas “preciosuras” más, acompañado de algún que otro costalazo de regalo. Con gracia y siempre quitándole importancia al asunto, describe espléndidamente, las andanzas, dificultades y percances - “sucesos” le gustaba decir- que se le presentaron.

¡Qué viaje! He pasado más frío que lo que había podido soñar, toda la ropa que era posible llevar en previsión era poca y las noches mismas nos las hemos pasado mitad temblando y mitad riendo con chistes porque dormir..., sólo cuando se distraía uno. Pero el pueblecito, Tanta, que está a 4.700 m. de altura y al que se llega por unos caminos de órdago (hay que pasar dos puentecicos, el Runcho y el Tapo, de más de 5.000 m., entre nieves y nevadas y unas veces a pie y otras andando porque los caballos resoplan como el tren de Lezama y al final terminan por decir no) pero preciosos: unos nevados altísimos y unas lagunas (Paucarcocha, Tiellacocha, etc.) que son una verdadera maravilla. ¡Y la gente pintoresquísima, pastores de llamas y alpacas y que viven a un pasito no más de la edad de piedra! Pero buena gente, cariñosas y acogedoras como pocas.

Esa fue una partecita del viaje de 11 días...

Todo el mundo me lo echa en cara (que no escribe) como si me estuviese el día entero tocando el guitarrillo. ¡Pues no! Me regalaron una guitarra y un método muy “sencillito” (para Andrés Segovia, me imagino) y no he aprendido ni jota; hace tiempo que lo dejé porque guitarras para templar las tengo sin ir por nuevas. Últimamente he estado cerca de mes y medio en el “monte”, tratando de ver en aquellos rincones más apartados como se libraron de los mesecitos de agua. Vaya las lluvias la que nos ha arreado por todos los rincones; para mí tengo que nos pasamos como en el cuentecito aquel del borrachín que se encomendó a todos los santos para que le ayudaran a subir al borriquillo, un

día que llevaba más de lo justo encima, y que subió por un lado, cayó por el otro y desde el suelo dijo: “por Dios, no sean malaje, no empujen todos a una”. Por aquí, luego de un año de tremenda sequía hemos encomendado a todos que lloviera, pero tanto... ¡casi todas las carreteras, que no son muchas, destrozadas, Matucana, la capital de una de las provincias, barrida por las aguas del río desbordado, Yauyos mismo como la copla de la jotica... (“no era calle, que era un río”) y a punto del iplaf!, que con esto de que las casas son de barro el agua se las lleva como chocolate. ¡En fin, ganados muertos, destrozos y calamidades! Gracias a Dios ya volvió el sol y con el sol la gracia de Dios y bastante ayuda de los gringos, las cosas se han ido remediando y ya estamos otra vez EN PAZ, que no es poco.

En este último viajecito (precioso según mi Vicario que siempre me acompaña y es un enamorado de la naturaleza y le encanta la nieve aunque ello suponga horas y horas por encima de ella, a 5,000 m. perdiendo la huella, eso es y no más lo que pomposamente llaman carretera) y pasando un frío del diablo, además de otras menudencias, tu hermanillo dio el segundo porrazo con caballo y todo y, como la primera, también esta vez sin más consecuencias que las “naturales”... Un poco chafada una rodilla, imposibilidad de subir a caballo en días sucesivos y, por ello, unas caminatitas a pie de aúpa la grande. Pero muy contento, las gentes admiradísimas de mi fortaleza y agilidad, cariñosísimas y, como cada día, mejor dispuestas y aprovechando bien la estancia de los padrecitos, como nos llaman chicos y grandes...

Sucedieron algunos percances que impelieron a Don Ignacio a preocuparse, esmeradamente, de sus sacerdotes afectados. La caída peligrosa, por ejemplo, de sus dos Vicarios; las dos solemnes y certeras patadas que le propinó el caballo al párroco de Alis; la caída en vertical por el barranco de alguno que otro “curita”, producto de un resbalón traicionero; el escopetazo imprevisto que recibió él mismo por el disparo fortuito de un fusil de caza... Sin embargo, plenamente consciente de la protección de Dios y las oraciones del

Padre, no pasaron de “sustillos”. ¡Qué bien comenta lo de su lema episcopal: PER ASPERA AD ASTRA! La Cruz fue un regalo espléndido para las labores en Yauyos.

Esperamos para los primeros de mayo la venida de nuevos sacerdotes que Dios me los dé como los que tengo: majos de verdad, duros, trabajadores, alegres y humildes. De todo hacen chiste y, a veces, los chistes se los traen. ¿Te cuento uno? Hace poquito tiempo, la mitad de ellos viajaban a Lima para tener su curso de formación anual; uno de ellos que reside en la Provincia de Yauyos pero muy apartado de la carretera, venía con su caballo arreando porque yo lo esperaba en un punto determinado de la carretera y se encontró con que acababa de caer un niño de la caballería y esta le había pisado junto a la oreja y tenía la cara desecha. Unos hombres estaban contemplándolo junto a su madre sin saber si moría o sin saber que hacer con él. Llegó este majo curica y sin más, acordándose de que le esperaba yo con el carro, se lo cargó a la espalda, con muchas horas de camino por delante, dejó su caballo y adelante. Yo impaciente porque tardaba más de la cuenta, me lancé hacia arriba por el camino que sabía debía traer y al rato me lo encuentro, desecho de cansado y con una sonrisa grandota me dice: Pax. Perdón, este niño me ha retrasado un poco, siento haberlo hecho esperar. Nos llevamos el niño a Lima y lo volvimos a los quince días casi nuevo. Y yo feliz. ¿Verdad que son majos? Pues esto es el pan nuestro de cada día y no es posible juzgar quién es un poco más o un poco mejor. Como no aprenda yo a ser un poco mejor, qué tiranazos me voy a ganar [...]

A poco uno de ellos, galleguño, salió disparado de la caballería y cuando despertó se encontró solo, molido todo el cuerpo y a más de cuatro horas de camino del primer poblado que tuvo que hacer a pie pues no pudo volver a montar siquiera en su caballo... Me avisaron (estaba lejos yo) y como no hay médicos y no se sabía que pudiera tener “por dentro” (la noticia de los indios era que “el padrecito se golpeó duro”) fui lo más pronto que

pude: quince horas a caballo a marchas forzadas. Lo encontré tan contento y satisfecho, lo miré bien y no tenía nada importante; me lo llevé a Yauyos, lo dejé allí de “descanso y decoloración” durante un par de semanas y otra vez al monte. Ahora me dicen que monta mejor y más seguro que nunca y que “el Custodio le ha enseñado más en un porrazo que un profesor de equitación en diez años”. Y es verdad, todos hemos aprendido en la misma escuela y con el mismo maestro. Poco después, con el mosén Pélach, en un viaje duro y largo, nos extraviamos; traté de encontrar camino con mi caballo que era duro y fuerte si los hay y bravo como no te puedes imaginar; le dije que se esperara hasta que encontrase camino pero... ¡orgullo profesional o cariño al Prelado!, se empeñó en venirse detrás y, naturalmente, rodó, con tanta fortuna que, de las muchas vueltas que dio el caballo él sólo dio la primera... ¡No le pasó nada! Dimos gracias a Dios, encontramos el camino y adelante otras doce horas de paseo. Como puedes ver todo marcha. PER ASPERA AD ASTRA es el lema del sello de la Prelatura: el aspera lo vivimos siempre y las estrellas las alcanzaremos algún día con la gracia de nuestro Padre Dios; mientras tanto, pasamos tan cerquica, que aunque no las alcanzamos, vivimos felices y no pesa la aspereza del camino y de nuestra vida entre estas pobres almas. (17.XII.58)

En nuestro trato y vida por las alturas de Yauyos no había sólo deferencia, había cariño auténtico. Era sorprendente el modo, la forma, en fin, el estilo que se vivía siguiendo el espíritu bendito que nos inculcaba la Obra. Había mucha alegría y buen humor. El secreto estaba en que los demás lo pasaran bien. Los días de retiro mensual eran cosa aparte. Los esperábamos impacientemente. Las meditaciones y charlas de Don Ignacio nos iban marcando a fuego, en nuestra alma, el espíritu de la Obra. Y, desde luego, formaba parte integrante del mismo, el día de descanso cazando o pescando o jugando al fulbito. ¡Y qué partidos más reñidos se organizaban! Muchas veces los partidos acababan con la luces pálidas del atardecer.

Un detalle de su finura en el trato con sus sacerdotes. Si tenía que avisar algo anómalo, mal hecho, por chapuceros o distraídos,

corregía y fuerte, pero sus palabras o gestos eran tan normales ante el impertinente desatino que, el que recibía la reprimenda, agradecía en el alma lo que le había dicho, pues descubría el cariño que estaba ahí escondido en el rapapolvo que le había propinado. Cuando mencionaba expresamente a alguno de los sacerdotes un “defectivo” simpático que lo distinguía (**“Algún defectivo tendréis, pues, ianda que yo!”**) lo hacía con tal delicadeza y humor que el defecto se convertía en un emblema honroso. Nunca humillaba ni constituía crítica o comidilla alguna. Lo que intentaba era que la pasáramos bien y ivaya si lo conseguía con su excelente humor que nos tenía a todos divertidos y contentos!

Al paso del tiempo, algunos de los sacerdotes, regresaron a España, y fueron sustituidos por los sacerdotes nativos que salieron del Seminario; otros, -pocos-, se quedaron y, finalmente, no faltan los que se fueron a la Casa del Padre, cuyos nombres debo mencionar de justicia, aquí, por su dedicación y su servicio a la Prelatura. Todos recordamos, con afecto, lo divertido que resultaba Manuel Lema por sus euforias y sus agudezas léxicas o sus mimos inigualables; la prudencia y paz que daba Félix, siempre sonriente, apacible, dulce, atento; el paso fugaz por la Prelatura de Carlos, entregado y trabajador; la disponibilidad, la sencillez rayana en candor de Julián, siempre atento y servicial “para lo que convenga”.

Don Ignacio con sus sacerdotes, a través de las cartas, se sinceraba sin tapujos. La bondad del corazón -así llamaba al amor auténtico- tiene ímpetus de sincerarse, de comunicarse, de relacionarse pues el amor es creativo. Donde más aparecían estos relumbres de estima, era en la fraternidad, en la vida de familia.

En la carta del 1 de octubre de 1965, manifestaba:

...cuando cada día me aguantáis vosotros, en alarde fino de caridad, y con vuestra generosidad me hacéis hasta el poquito que soy, delante de Dios y del Padre. ¡Lo sé muy bien! Y no he dejado de pensar en ello, constantemente; y más concretamente aún, desde que oí al Padre aquello de que “la sangre del soldado hace grande al capitán”... ¡No puedo creer que -ni haciendo abuso de su humildad- pudiese el Padre referirse a él mismo! Pero

si fuese así... ¡Dios mio, qué urgencia de saber dar esa poca y pobre sangre nuestra a un tan grande Capitán! Pero lo que vi con evidencia plena, es cuánto se refería a mí. ¡Y no sabéis cuánto pesa sobre mi pobretonería, la incapacidad de restituir debidamente! Bien, pues a pesar de todo, si no dijese que “tenéis un Prelado bien majo” sería un necio y cometería una grave injusticia a la Obra, que me enseñó a quereros, que me mete a cada instante la preocupación por vosotros, que con su espíritu -a pesar de las mil miserias mías y vuestras- consigue el milagro de que, Obispo y curicas, seamos capaces de hacer a diario un milagrazo gordo: El de nuestra bendita, realísima y verdadera fraternidad; el que nos queramos con toda el alma: El que estemos unidos con todos, con nuestro Padre y entre nosotros, como sólo en el Opus Dei se puede estar. ¡Bendita Unidad, desconocida casi universalmente!

Ya descansé. Cuando estoy ahí cerca de vosotros, no soy capaz de deciros estas cosas, ¡cochino respeto humano! Y, como natural defensa, las gracias de aquel borrico de la historia, envidiosos de las gracias del perrillo...; él también quiso hacerlas y se puso de manos sobre la mesa del buen aldeano... ¡la catástrofe! Yo soy torpe, pero mucho más lo seríais vosotros si no lo llegaseis a entender. ¡Sé muy bien que sí!

[...] Que estéis muy contentos y alegres. Que os lo paséis bien y queráis a vuestro Preladete. Que me recéis mucho. Que me escribáis largo y mucho. Que pueda volver a estar con vosotros pronto. (3.X.65)

Bueno majos. Que no dejéis de pedir por el Concilio, para que todo termine pronto y bien. ¡Tengo tantas ganas de estar de nuevo con vosotros! Resulta poco explicable, pero os quiero muchísimo. ¡Memo que es uno! Y os encomiendo y digo cosas buenas de vosotros -cada día en la oración, en la Santa Misa y en cuanto me distraigo- a Jesús y a Santa María, Madre del Amor Hermoso, han querido que nos queramos, que queramos al Padre y que amemos nuestra vocación y -como parte

sustancial de ella- las almas, ésas que han querido -¡qué guapa muestra de confianza!- poner en nuestras manos, aunque seamos todos tan chapuceros. Que ellos os guarden y me guarden a mí para veros y aprender a quereos todavía más y mejor, tanto que llegue a aprender a seros, alguna vez y en algo, útil. Con toda el alma, os quiere, os recuerda y bendice, el pobrete de Prelado que os cayó en suerte. ¡Otra será mejor! No perdáis la esperanza, que la suerte es caprichosa. Un millón de abrazos, muy fuertes, de...Ignacio M^a.

(6. XI. 65)

Transcribo la carta del 26 de marzo de 1967, maravilla de afecto, admiración y de gratitud a sus sacerdotes:

¡Esto sí es verdad y me siento orgulloso hasta reventar: qué curicas tengo más genios! ¡Qué tíos alegres, humildes, trabajadores y dóciles! ¿Sabes la última? Todos los que tenían sus parroquias en la Costa me pidieron cambiar por los que la tienen en la Sierra, en las alturas. Y así lo han hecho. [...] Dios tiene que verlos de un modo muy especial y se nota. Yo mismo, en cuanto les pido que encomienden alguna intención del Padre, me quedo inmensamente tranquilo, con la sensación absoluta de “cosa hecha”. Y además, me quieren tanto que me llevarán al cielo en volandas, con su oración, su abnegación y su cariño. Para que veas cómo son de finos: hace mucho tiempo, viendo una película mejicana, dije sin ton ni son, que me encantaría un sombrero mejicano. Hace una temporadilla (yo no lo supe) viajó a Méjico un joven de una familia de Cañete... ¡Y ayer, día de mi santo, me encontré con un sombrero mejicano precioso, que ni Aceves Mejía! tanto que tengo que irme con pies de plomo al expresar mis deseos, bien me aprovecho de ello porque continuamente les digo que lo que quiero más en mi vida es que ellos sean buenos, fieles, alegres, sencillos y humildes... ¡Y cómo me dan gusto!

III

Cuando llegó Don Ignacio con sus sacerdotes, la extensa Provincia de Yauyos, era atendida por un solo sacerdote que se pasaba visitando los diversos pueblos una vez al año. El panorama se le ofrecía enorme. Las dos Provincias de Yauyos y Huarochirí, adolecían de sacerdotes que impartieran doctrina y crearan ambiente de vida cristiana.

En varios pasajes de sus cartas Don Ignacio, muy discretamente, deja traslucir los problemas pastorales que le vinieron encima y las soluciones más prudentes y acertadas que convenía realizar. Nos escribió una carta preciosa, a modo de Carta Pastoral, en la que nos marcaba derroteros pastorales muy prácticos y certeros. Había que empezar por crear, entorno a la parroquia por medio de los actos de culto, una auténtica vida de piedad; atención esmerada a los acólitos, iniciándoles en una vida de oración con un acompañamiento espiritual apropiado a su edad que les dispusiera para ingresar al Seminario Menor y seguir la llamada del Señor al sacerdocio; cuidar de las familias; preocupación primordial por la atención cristiana y cultural de los maestros; cursillos de formación permanente a los catequistas; concursos de catecismo; atender las misiones populares; publicaciones semanales, folletos y devocionarios... ¡Había que llegar a todos, pronto y eficazmente!

7 de noviembre de 1960

...dentro de unos días me lanzo otra vez a las alturas: me iré a Huarochirí, San Lorenzo de Quinti, Sangallaya, Escomarca, etc. ¿Te gustan los nombrecitos? Serán ocho o diez días no más. Por eso estos días estamos de paseillo con los caballos; como son un par de fieras de órdago a la grande, en cuanto están una temporada como en hotel (come que come y duerme que duerme) luego hay que darles su "suavesidita" antes de meterse por las alturas y a los caminos bravos. ¡Porque por estos no conviene ir a lo loco! Estos días, cada vez que los montamos (Enrique que se ha hecho un gran jinete y un servidorito) conseguimos sacar a la calle a todo el vecindario de Yauyos, porque, verdaderamente, las salidas de paseo suelen ser de

circo... ¡Pero que caballos maravillosos! Y nos quieren como si fueran perros: en cuanto estamos unos días fuera y regresamos, en cuanto sienten el carro, se ponen como locos saltando dentro del establo, pateando el suelo, relinchando, en fin, haciendo todo lo que saben. Son briosísimos y la gente los tiembla: podemos dejarlos en la calle y hasta ofrecer un premio al que los monte. ¡Que si quieres! En cuanto se arrima un extraño largan unas patadas como tiros. Y nosotros podemos columpiarnos en la cola, los herramos en pie y sin atar, los lavamos con ACE (que es un jabón en polvo y que si se les meten en los ojos a veces se enfadan como niños) y podemos ponernos a echar la siesta entre sus patas tranquilamente para protegernos del sol en los viajes por las crestas. Pero, eso sí, hay que montar “con conocimiento de causa” si no se quiere dar el morrón. Alguno de los sacerdotes nuevos, al comienzo, como tenían que montar de aprendizaje, sudaban frío. Alguna vez alguno bajó “fuera de tiempo y lugar” y era graciosísimo ver la cara con que le miraba el caballo, paradito a su lado y como diciendo ¿Qué clase de jinete me han puesto encima hoy? no tienen malicia, es pura vitalidad y gusto de su profesión de caballo. ¡Y qué servicios nos prestan y qué heroicos son y qué sufridos! Un ejemplo constante para nosotros. Si un pobre caballo, que no espera el cielo y no sabe de amor de Dios, es capaz de servir así ¿cómo deberíamos hacerlo nosotros? [...]

El año 1962, la Santa Sede anexó la Provincia de Cañete, en la costa, a la Prelatura que pasó a denominarse desde entonces: Prelatura de Yauyos - Cañete - Huarochirí.

Fue un regalo, como tantos, de Dios. Deseábamos encarecidamente poner en funcionamiento el Preseminario de la Prelatura. Era el deseo y la plegaria constante de todos. El Padre nos había animado a realizar bien esta labor primordial, y así conseguiríamos, al paso de los años, sacerdotes salidos de entre nuestros alumnos.

En los años anteriores y por la labor de los párrocos en este asunto, había ya varios muchachos que deseaban, con la alegría de

los papás, ingresar en el Preseminario que funcionaría, mientras, como Colegio Seminario. Pero, ¿dónde construirlo? Hubo varias propuestas. Por fin se presentó, de forma providencial, la ocasión. Los hacendados del Valle de Cañete tenían un colegio que había servido para la educación de sus hijos y ahora, incidentalmente, permanecía cerrado. Allí se empezó. Tener la Sede Prelaticia en la costa, a 150 kms. de Lima, en un fértil y próspero valle, con varios pueblos, constituía una ventaja enorme. Acostumbrados a ver y caminar entre cerros y piedras, estar en Cañete era para nosotros como descubrir el Paraíso Terrenal. Cañete era una delicia por el clima, la gente, las mil posibilidades de apostolado y de labores... En fin, que no cabíamos de gozo y gratitud.

Don Ignacio bajó de Yauyos y tomó posesión de Cañete en el año 1962. Así se lo escribe a su hermana en la carta del 28 de enero de 1964:

Ya la Santa Sede añadió a la Prelatura la Provincia de Cañete a donde irá la Sede, a su capital San Vicente. Muy contento; dentro de poco tomaré posesión de dicha provincia y serán tres, con 200,000 habitantes. ¡Bastante quebradero de cabeza! Que no lo es mucho, bien sabe Dios, gracias a estos hermanitos nuestros, mis curicas que son soles. ¡Y me mandan más, viva!

Don Ignacio llevaba en la mente y a la oración, de tiempo atrás, los proyectos pastorales de la, ahora, Prelatura de Cañete -Yauyos - Huarochirí con la plena convicción que se realizarían como fruto espléndido de la unidad y de la fidelidad de todos y cada uno. Comenta en una carta a sus sacerdotes:

En esto y en todo, lo hecho que algo es y lo que haremos -que será con la bendición de Santa María, Madre del Amor Hermoso, una maravilla- es fruto directo de la unidad y de las ganas de todos de ser fieles: Sentir permanentemente que hacemos la voluntad del Señor - Operatio Dei-, hacerla con sentido de responsabilidad- porque de ahí se ha de seguir mucho bien para las almas y un gran servicio a la Iglesia de Cristo, la Santa Una, Romana y Apostólica Iglesia- y en una bendita mil veces

unidad fraterna, en aquel “hermano ayudado por su hermano es como una ciudad amurallada” en que tanto ha insistido siempre nuestro Padre. No podéis imaginaros cuánto gozo yo con vuestro cariño -el que me tenéis a mí aunque yo sea un pobrete de siete suelas- y el que os tenéis entre vosotros; menos podéis imaginar la alegría del Padre cuando ve, por vuestras cartas, de este cariño a él y al Preladete que es vuestro hermano, *primum inter pares*, por aquellos desconocidos designios sentido del humor -me gusta llamarlo a mi- con que Jesús hace sus cosas... (12.XI.63)

Del Pre Seminario se interesaba, con su Vicario, de los preparativos, la construcción, del profesorado... soñando con los futuros alumnos, con ansias de tener pronto, sacerdotes egresados de nuestra Prelatura.

Por aquí las cosas van adelante. Tengo (como la ilusión más cara del momento) el proyecto del Preseminario entre manos; muchas gestiones y de entre ellas algunas por camino bueno. Tanto que confío en poder comenzar las obras en agosto y tener en marzo del 64 (que es principio de curso aquí) en condiciones de recibir mi primer contingente de críos: 20. Luego se terminará todo el proyecto conforme vaya sacando los “chivilines” necesarios: ¡un montón!

En la carta enternecedora que mandó a los formadores del Preseminario, el día 3 de octubre de 1965, recoge toda la ilusión y la esperanza que espera de estos “peques”:

¡Cada uno es como es!, que le tengo debilidad y es razonable ¿no? Yo veo cuánto quiere el Padre al Pre Seminario y a esos críos. ¡Cuánto gozaría estando a su lado -me dice continuamente- y cuánta alegría le dan las noticias y comentarios que le hago sobre sus pormenores; anécdotas, detallicos, etc. Siempre me dice que encomienda diario a esos críos para que Santa María les lleve a muchos, a un santo sacerdocio, y que encomienda, especialmente, a todos los que vivís más directamente ese

oficio -tú y Agapito- y a los que en cada parroquia, se desvelan por esa tarea. ¡Luego a todos! Y como además tiene treinta y siete razones particulares para encomendar a unos y otros -por el hígado, o por el morro, o por sus buenas artes culinarias, o por los caminos y las alturas- resulta que estáis constantemente, y de modo particular, en el corazón del Padre. No hace mucho me decía -con encargo de que os lo dijera- que me tenía una inmensa envidia a mí: *"Porque puedes estar a su lado y quererlos, ayudarlos, preocuparte de sus cosas, verlos, gozar con su alegría y padecer sus preocupaciones... ¡Qué envidia te tengo, hijo mío!. Nunca me agradecerás bastante el que quisiera entregarte ese tesoro... ¡Como no me lo guardas bien, te mato".* Y así o de otra manera, esto ocurre a cada rato. ¡Qué suertaza tenemos!. Y yo, el que más lo sé!. [...]

Que sigan esos críos majos rezando y queriendo cada día más a la Señora. ¡Ellos son nuestra "artillería" de largo alcance!. Vaya que si alcanzan. ¡Con cuánto cariño y cuánta ilusión debe escucharles la Santísima Virgen!. Son su milagro... Yo les enviaré una tarjeta bonita de Roma, un día de estos. ¿Vale?

Año y medio después de la inauguración, con más de 60 alumnos en el Pre Seminario, nos escribía:

Quiero con toda el alma a esos peques del Preseminario. Pienso constantemente en ellos, se los ofrezco a la Santísima Virgen, sueño con los que Ella querrá llevar hasta el fin, a un sacerdocio santo y fecundo! Y con los otros, los antiguos alumnos que habrá -es necesario tanto como lógico- que al no ser llamados a ese camino, guardarán sin embargo en el corazón el recuerdo y la gratitud -y la eficacia maravillosa- de la formación que recibieron ahí, en vuestros desvelos y vuestros sacrificios y en el amor derrochado. ¡Veréis qué maravilla, desde todos los ángulos, cuando hayan pasado los años. Quizás no tantos como para que no lo veamos y gocemos en la tierra; y siempre tan pocos como para que se nos caiga la baba desde el cielo. (20.XI.65)

Otra tarea que llevaba muy metida en el corazón y que estaba unida a la labor con niños, padres de familia y maestros, era el Concurso de Catecismo.

Roma 6 de noviembre de 1965

De todas partes me llegan noticias estupendas de los Concursos de Catecismo. Ya lo creo que me doy cuenta, y mucho, de la cantidad de gaitas, viajes, horas y chapuzas extras que supone él organizarlos y entenderlos. ¡Pero estoy firmemente convencido de que vale la pena! Creo que es la labor esencial, la que ha de dejar más poso y la que, a la corta, permitirá mejores posibilidades de apostolado y de buena cosecha. ¡Estos niños no van a tardar en ser jóvenes, y menuda diferencia entre ellos y los que encontramos al comienzo!, ¿no os parece?. Hace poco -y lo ha repetido constantemente- decía el Padre que, si le preguntasen hoy qué es el Opus Dei, contestaría sin vacilar: *"Un Catecismo, una Escuela, inmensa y maravillosa, de la Doctrina Cristiana"*. Y decía que ese era el oficio que quería para todos: *"Que enseñemos -en todos los niveles de la vida, desde los más altos (cuántos Jefes de Estado y hasta personajes eclesiásticos ganarían tanto si la estudiaran o, al menos, la repasaran) hasta las gentes más humildes- el Catecismo. ¡Qué pedía al Señor para todos y para este maravilloso oficio, ¡DON DE LENGUAS! Que no podía hacer otra cosa más estable para la acción apostólica y la renovación seria y eficaz de la SOCIEDAD, con todos sus problemas, que esta grande verdad, la verdadera contribución de la Iglesia a los problemas, todos sin distinción, de la sociedad y del mundo moderno"*. Imaginaros por ello, la alegría con que yo veo vuestro afán y la ilusión que ponéis en esta guapa tarea. ¡Más fecunda cuanto más costosa!

Con los maestros se tuvieron varios cursillos en la Casa de Formación de Lunahuaná. En Cañete, además, se creó una escuela provisional de Capacitación Magisterial. Antes se había fundado, también, Radio Erpa que más tarde se denominó "Estrella del Sur", una labor de alfabetización y formación del campesinado para toda la

Prelatura a través de escuelas radiofónicas diseminadas en cada pueblito de la Costa o de la Sierra y dirigida por los maestros que seguían las lecciones y enseñanzas por radio desde Cañete.

Relacionada con estas labores capitales de dar doctrina, atender a las escuelas promoviendo vocaciones sacerdotales, capacitación a los maestros y el apoyo al párroco en su labor pastoral, resultó un instrumento adecuado con buenos resultados, las Misiones Populares. Don Ignacio veía, en este nuevo medio, una directa y eficaz siembra de renovación de la vida cristiana en las parroquias.

Nuestra tarea: las de siempre y las que, por si fueran pocas, siempre nos estamos sacando de la manga. Ahora son unas misiones de 10 días que se irán dando a lo largo y ancho de la Prelatura. Se reúnen en cada una tres sacerdotes y un equipo, por todo lo alto, para hacer mucho ruido: altoparlantes, cintas magnetofónicas, proyección de filminas, etc. Para eso tienen que llevarse a lomo de mulas un motor para producir luz eléctrica que se las trae, unos altoparlantes que se escuchan desde más de dos horas de distancia del pueblo donde funcionan, etc. Pero es formidable y vale la pena la mucha platita gastada y los afanes de estas correrías: los efectos son estupendos y los frutos muchísimos. ¡Un sin fin de matrimonios, comuniones, etc.!

Tengo que poner punto final a estos recuerdos. Han sido sólo un esbozo, una visión sucinta de lo mucho que nos dejó Monseñor Ignacio Ma. de Orbegozo, Obispo de la Prelatura de Yauyos-Cañete y Huarochirí. Su recuerdo, su figura, su talante y, sobre todo, su cariño inmenso al fundador del Opus Dei, a la Obra de Dios y a sus sacerdotes, nos dejó como herencia derroteros bien marcados de amor a la Iglesia y a las almas. San Josemaría Escrivá le había escrito a los inicios de la labor de la Prelatura: ***“Y no olvidéis que este pobre pecador, que es vuestro Padre, os presenta cada día al Señor y a Nuestra Madre Santísima Santa María como las primicias del trabajo misional, que ahora se continuará en Nairobi y en Osaka. ¡Un mar de amor sin orillas!”***

No quiero terminar estos Recuerdos sin señalar expresamente un rasgo enternecedor en un hombre tan hombre

como Don Ignacio: el filial, tierno y manifiesto amor hacia la Virgen María **“Nuestra Madre por derecho propio”** como decía. En todas sus cartas, siempre tenía un piropo, una advocación, una súplica para ella. Constantemente, en uno u otro sentido, nos repetía frases como las siguientes:

Bueno majos, ya sé que me encomendáis muchísimo -lo noto- y que hasta me queréis y esto sí que es mérito. Que os cuidéis, que estéis muy contentos, que os queráis con todo el alma, que os ayudéis en todo, que cumpláis bien las normas, que os divirtáis, que os riáis mucho que es santa medicina, que queráis con toda el alma y con todo el corazón a la Santísima Virgen. Que pidáis y ofrezcáis muchas cosas por el Padre, por su intención concreta -¡Qué bien va todo y qué bien vale la pena!- que me sigáis escribiendo mucho, porque me hacéis feliz.

... pongo vuestras vidas, vuestros afanes, vuestras fatigas, y vuestro cariño al Padre, a la Obra, a mí, que soy un pobrete, en manos de la Santísima Virgen. Y me agazapo detrás de vosotros y me siento feliz y seguro. ¡Dios os lo premie! Y mi cariño.

Copio, con emoción, las letras que dejó escritas -¡a fuego!- en el Libro de Oro del Santuario Nuestra Señora de la Paz de Chiclayo:

Madre mía: en este Santuario no me siento visita, me siento como en mi casa. ¡Cómo quisiera poder decirte que te quiero con toda mi alma! Sé que no es así pero estoy seguro de que Tú podrías hacerlo...

Santísima Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra: Quiero estar en el Amor y en las súplicas filiales de todos los hijos tuyos que a lo largo de los años vendrán a verte. ¡Santa María, Señora de la Paz, ruega por nosotros!

+Mons. Ignacio María de Orbegozo
Obispo de Chiclayo
15-x-1996